

El Día De La Universidad

Con motivo de la celebración del día de la Universidad se llevó a efecto en el Teatro Concepción una velada con un selecto programa. En este acto, el profesor y Decano de la Facultad de Odontología, don René Louvel Bert, pronunció el discurso que damos en estas páginas y en el cual se reseña la labor de la Universidad de Concepción durante sus años de enseñanza.

Señor Intendente de la Provincia, Autoridades, señor Rector de la Universidad, señoras y señores:

Como es ya tradicional en nuestra vida universitaria, en la celebración de esta fiesta máxima, detiene su ritmo el engranaje de esta máquina del espíritu; hace un alto en la jornada para reconcentrarse en sí misma y mirar, en toda su amplitud y con ojos visionarios, el porvenir ancho y profundo y tiene para el pasado, la emoción henchida de plenitud por la etapa de fecunda y proteica labor desarrollada.

Al hablar de un año más acerca de una obra que habrá de tener contornos de eternidad en el tiempo, por sus magnas proyecciones enfocadas hacia el porvenir, nuestros espíritus se reconcentran en sí mismos y sienten la enorme responsabilidad de su alta misión cultural, humanista y científica.

El hombre, con su ansia incontenida de ideal y de superación, con su afán casi incontrolado de perfeccionamiento para las cosas del espíritu, que justifican, en parte, su transitorio paso por la vida tiene, como meta final de esta peregrinación, la superación y la sublimidad, pesando al mismo tiempo, en la balanza de su conciencia, la enorme responsabilidad que gra-

vita sobre sus débiles hombros, cuando acomete una obra que habrá de tener proyecciones infinitas y de grande y sublime envergadura y es por eso, señoras y señores, que los artesanos de esta obra magnífica, por muchas razones que comprendéis mejor que yo, al celebrar este nuevo día de la Universidad, quisiéramos hacer un análisis y balance de su labor.

Permitidme para empezar a evocar aquel día feliz para la historia educacional de nuestra patria en que un grupo de hombres de empresa y de ideal, de mente esperanzada y visionaria, se amalgamaron en una férrea organización a fin de obtener la alta finalidad material y espiritual que perseguían por la sublimidad del fin propuesto; gesto para aquellos años en apariencia romántico, irrealizable, ilusorio y utópico y supieron, con su ejemplo incomparable de confianza, tesón y dinamismo, inculcar en el alma de las generaciones que habrían de continuar su obra, un venero pleno de una mística incomparable y es esta mística, la que se ha ido cultivando y acrecentando hasta llegar a constituir en el devenir del tiempo este instituto de altos estudios.

No es fácil, señoras y señores, hacer la historia de nuestra Universidad, a pesar de sus breves años de existencia, no es fácil digo, porque, en su trayectoria, han sido muchos los momentos de amargura y desazón que debieron sufrir sus directivas, y no es fácil, además, porque sería un error imperdonable al hacer desfilas sus personeros, sobre todo de los primeros tiempos de tribulaciones e incertidumbres, olvidar a algunos de los forjadores de esta obra; por otra parte, en ocasión anterior, nuestro Rector don Enrique Molina, ya se refirió en brillante y documentada conferencia a este aspecto de la cuestión y nada podríamos agregar a sus palabras de entonces.

Al hablar esta tarde de nuestra Universidad, tampoco queremos expresar con esto que su obra de estructuración ha terminado, al contrario, ella está en una etapa de plena evolución, en una etapa de plena creación, y en pleno desarrollo, una Universidad no puede pensar jamás que ha terminado su obra, que ha alcanzado su perfección, ni que ha finalizado su desarrollo, porque la ciencia, el arte, la investigación, la filosofía, todas las manifestaciones de la inquietud humana están, señoras y señores, en una etapa de constante renovación, superación y dinamismo y, el día que alguien osara declarar que la obra humana de actividades polifacéticas, ha entrado en un dulce estado de quietud, de éxtasis o de pasividad cobarde ante el devenir de la vida, sería esta una actitud tan negativa y contradictoria que habría llegado el momento fatal en que deberíamos declarar enfáticamente la ruina, la destrucción y el desaparecimiento del enorme edificio de la cultura y del arte que milenios han ido construyendo tras dolorosas y a veces trágicas experiencias, valdría declarar entonces la destrucción irremediable y fatal de la obra humana en general.

Es por esto, que nuestra Universidad está en plena etapa de su estructuración, de modelación, de creación, de evolución; el tiempo, la experiencia, las necesidades y los medios económicos con que ha podido contar, durante su ciclo evolutivo, han ido construyendo y formando, de acuerdo a las necesidades del momento, este alto instituto de estudios y es así como, de acuerdo a las solicitaciones ambientales y a las modalidades modernas, ha tomado la seria y profunda actitud de tratar, a la medida de sus fuerzas, de ponerse a la altura de las necesidades culturales, artísticas y científicas del momento.

Nuestra ciudad apacible y dormida, muellemente

recostada al pie de colinas de un verdor purísimo enfocada a la esperanza en el futuro, y acunada por la apacibilidad y mansedumbre de sus ríos que le forman, como un marco de romance sus dulces límites naturales, sintió bullir en su alma, ansiosa de superación, un algo que habría de sublimar su espíritu y que, una vez más señera, le daría relieves especiales de una inconfundible personalidad en el concierto de la provincia chilena, y Concepción, señoras y señores, contó en su seno para gloria suya y de sus hijos, a un grupo selecto de hombres de empresa, los que, animados de una mística sublime e incomparable y de un ideal superior, se dieron enteros a la tarea titánica de abrir en esta ciudad una modesta Universidad, para recibir en su seno caluroso y cordial a generaciones de estudiosos de ambos sexos y de diferentes sitios de la patria, que tenían ansias incontenibles de leer en los libros misteriosos a la vez que, prístinos y grandes de la ciencia, las palabras eternas de verdad y esperanza.

Desde el día del mes de abril de 1919, en que abrió sus puertas la Universidad con los primeros cursos de Farmacia, Odontología, Pedagogía y Química Industrial, a las ansias y al entusiasmo de una juventud confiada y optimista, en que se iniciara en forma, probrísima en salas improvisadas, con laboratorios de escasísima dotación, clínicas desprovistas de la más indispensable utilería, sin bibliotecas, en fin, sin ninguna comodidad; en su desenvolvimiento, desde aquellos días hasta la fecha de sus 32 años de existencia, que en la vida de una obra de cultura, en la vida de un templo dedicado al cultivo del espíritu y de la mente, constituye un brevísimo plazo, en sus cortos años de vida repito ha ido, a la medida de sus fuerzas económicas, no siempre brillantes, incrementando sus construcciones hasta constituir hoy en día una verda-

dera ciudad universitaria, formando sus bibliotecas de acuerdo con las modernas publicaciones técnicas y literarias, sus laboratorios de investigación, que si aun no han podido alcanzar la magnitud y la importancia que quisiéramos, por lo menos, cumplen satisfactoriamente su misión docente y de investigación; sus clínicas han ido poco a poco mejorando, se ha contratado maestros extranjeros y nacionales para la dictación de cátedras de importancia y ha iniciado la formación de sus propios maestros; se ha querido darle también un debido lugar al cultivo del cuerpo con la Casa del Deporte y el Estadio aun no terminado; un Departamento de Bienestar Estudiantil y en poco tiempo más será una realidad la experiencia de un hogar para estudiantes, que, si bien es cierto, no podrá absorber a toda la juventud estudiosa de nuestro instituto, por lo menos contribuirá en parte a su objetivo; el Departamento de Extensión Universitaria, como una ampliación social de su labor, hace llegar a toda la ciudad su obra de cultura, cumpliendo en esta forma, aquel postulado que enunciara Horacio Rivarola como una finalidad de toda obra universitaria al escribir: «La Universidad se ha democratizado paulatina pero continuamente y se acentúa con fuerza, a la que ningún dique podría contener, la igualdad, la igualdad en la cultura, la igualdad en el derecho al saber y con ello la extensión de los beneficios de la Universidad a todas las capas sociales, con el sentido patriótico de la extensión universitaria».

Sabemos que aún estamos empezando y que una obra universitaria, como hemos dicho, no estará nunca completamente terminada, porque siempre tendremos alguna nueva necesidad y si aún queda mucho por hacer, no debemos olvidar con criterio realista, que es una obra enfrentada a grandes problemas que ha-

brá de ir resolviendo en forma lenta, segura y paulatina y deberá constituir en el futuro, porque todos tenemos fe en ello y pondremos todo nuestro entusiasmo en esta obra, una tremenda y sólida fuerza espiritual donde anide y viva como en un santuario, cual lámpara votiva, el culto a las artes, la ciencia, la investigación, la filosofía y el humanismo.

Con gran razón el ilustre pensador Salvador Pineda, enfocando el problema universitario, ha escrito: «La Universidad debe ser ante todo una fuerza espiritual al servicio de la nación; la realidad del país debe servir de inspiración en sus actividades científicas y en sus labores académicas. En este sentido, la Universidad y la Patria, deben conjugar sus anhelos y esperanzas identificando sus aspiraciones creadoras en una sola e inquebrantable tendencia de conquistar el porvenir. La Universidad—continúa este autor—tiene que ser, sin metáforas ni retóricas, el reflejo del país, y su acción bienhechora, irradiar hacia todos los rincones del territorio penetrando incluso en el alma de la raza hasta descubrir las auténticas raíces de nuestra personalidad».

* * *

Y es así, señoras y señores, como la Universidad ha querido celebrar un año más de su vida al servicio de la cultura de la patria y, en este acto académico de trascendente solemnidad, hacer la distribución de los premios a aquellos alumnos de cada una de sus Facultades que se han distinguido en una forma especial y al hacerlo, quiero en su nombre, destacar que estas recompensas que habéis de recibir, jóvenes estudiantes, constituyen, además de un galardón que corona el fin de vuestros estudios universitarios, la expre-

sión del reconocimiento de vuestros maestros, por la dedicación y el amor que pusisteis durante vuestro paso por la Universidad demostrando el ansia de superación y perfeccionamiento que os distinguió entre vuestros compañeros.

Al encontraros mañana, cara a cara con la vida, en esta época de brutal materialismo, en esta época en que vemos trágicamente desmoronarse los valores morales, hasta ayer considerados incommovibles, en que vemos como se olvidan muchas veces los conceptos sublimes del reconocimiento y de la amistad y suena a cosa pretérita y gastada el ansia de ideal y del espíritu, permitidme repetir con el filósofo romano:

« El mundo espiritual es el bien supremo, si lo posees
« comienzas a ser compañero de los dioses. Para llegar
« a este punto el sendero es seguro y fácil y la natura-
« leza te ha provisto de todo lo necesario para reco-
« rrerlo. No será el dinero lo que te haga compañero
« de los dioses, ni tampoco la reputación extendida
« por los pueblos, tampoco las multitudes de criados
« que lleven tu litera por caminos y ciudades, tampoco
« la belleza y la fuerza del cuerpo sujetos a la vez;
« necesario es pues buscar algo que no se corrompa y
« a lo que nada se oponga. ¿Qué será esto? El espíritu».

Y es por eso que ahora que vais a partir, que dejáis estas aulas que conocieron de vuestras emociones de muchachos, de vuestras inquietudes, de vuestras locuras, de vuestros afanes, de vuestros desvelos, de vuestros amores y de vuestras ansias de perfeccionamiento, al dejar esta casa de estudios que os ha abierto con ancha y dulce cordialidad sus brazos acogedores y maternales, al deciros esta tarde de emoción en esta fiesta espiritual la triste palabra del adiós, os pido que en el devenir de vuestro destino en el curso ulterior de vuestra vida, tengáis para la Universidad el re-

cuerto del afecto y de la gratitud; que al iros llevéis grabado en el fondo, muy en el fondo de vuestras almas de muchachos, de niños aún ante el arcano de la vida, las imágenes de aquellos que en esta casa vaciaron en vosotros su arte, su ciencia y su humanismo para hacer de vosotros, no sólo brillantes profesionales, sino hombres de bien que habrán de servir a la humanidad y a la patria y no olvidéis, sobre todo no olvidéis nunca la sentencia del célebre autor de Juan Cristóbal cuando dice: «Lo primero que hay que hacer en la vida es cumplir con su deber».

Jóvenes amigos, al iros de nuestro lado, al dejar esta casa universitaria, recordad en todo instante que vuestra labor de estudiosos no ha terminado, al contrario, no olvidéis que de todos los amigos con que podréis contar en la vida, en este duro y amargo tráfago que llamamos la vida, los mejores, que no traicionan, que nos acompañan, con su misión, fidelidad y amor, que deleitan y alegran, los que os darán la mayor satisfacción son los libros. Cada día de vuestra vida y en ejercicio de las profesiones que habéis abrazado con tanto afecto y devoción, recurrid en todo instante, a las fuentes del saber, perfeccionad vuestros conocimientos, enriqueced vuestro acervo científico y hacedlo con cariño, no como una obligación rutinaria, sino como un placer del espíritu, para poder abrir más grandes los ojos al futuro y plasmar en vuestras mentes seriamente la verdad científica, artística, espiritual y cultural del momento, pero en todo instante poned en ello el corazón, no olvidando al gran humanista y pensador que fué el profesor Carlos Charlín cuando escribió:

«El primer peldaño del perfeccionamiento moral, « del ascenso espiritual no está en la mente como algu-

« nos creen; está en el corazón. Para subir no basta
« aprender, hay que sentir. Con el estudio, la inteli-
« gencia se extiende, pero se extiende en el llano y pa-
« ra subir la ladera de la montaña hay que sentir».

* * *

Señoras y señores, al evocar brevemente en esta tarde algo de la trayectoria de nuestra Universidad, al tratar de destacar en cortas frases la síntesis de su labor y de su esfuerzo, en este nuevo aniversario hemos querido reavivar con ello una vez más el afecto y el cariño que sentimos por esta obra que hemos visto casi desde su nacimiento y, como hemos dicho, aun incompleta y plena de defectos, como toda obra humana, no por ello menos querida ni menos venerada por todos aquellos que la comprendemos y justipreciamos.

Hemos querido también, aunque en forma imperfecta pero plena de profunda sinceridad, celebrar en esta fiesta una de las más solemnes de nuestro año lectivo, la repartición de recompensas a nuestros alumnos más distinguidos y ahora que partís a la conquista de lo desconocido, tras la meta de un ideal tanta veces soñado, jóvenes amigos, para despediros dejadme terminar repitiendo con el insigne José Ingenieros:

« Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella
« y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible afanoso
« de perfeccionamiento y rebelde a la mediocridad,
« lleva en ti el resorte misterioso de un ideal, es ascua
« sagrada capaz de templarte para grandes acciones.
« Custódiala, si la dejas apagar no se reenciende jamás.
« Y si ella muere en ti quedas inerte, fría bazofia hu-
« mana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te
« sobrepones a lo real. Ella es el lis de tu blasón, el
« penacho de tu temperamento».